

EL EPITAFIO DE ABERCIO

San Abercio

(Escrito antes del año 216)

San Abercio, obispo de Hierópolis

En el siglo II, vivía en la Frigia Salutaris cierto Abercio Marcelo, que era obispo de Hierópolis. A los setenta y dos años de edad, hizo una peregrinación a Roma y al regreso, pasó por Siria, por Mesopotamia y visitó Nísibis. En todas partes encontró cristianos fervorosos, que habían sido purificados por el bautismo y se nutrían del Cuerpo y la Sangre de Cristo. Cuando volvió a Frigia, se construyó un sepulcro en el que mandó colocar una inscripción en la que se relataba con términos simbólicos e ininteligibles para los no cristianos, el viaje que había hecho a Roma para “contemplar la majestad” del Pastor universal y omnividente.

Un hagiógrafo griego, interpretando esa inscripción a su modo, escribió una biografía de San Abercio. Según esa ingeniosa narración, el santo obispo convirtió con su predicación y milagros a tantas personas, que se le dio el título de “igual de los Apóstoles”. Su fama llegó a oídos del emperador Marco Aurelio, quien le mandó llamar a Roma, pues su hija Lucila estaba endemoniada. (En esa forma, la simbólica reina vestida de oro, mencionada en la inscripción se convierte en la hija del emperador). San Abercio exorcizó con éxito a la joven y ordenó al demonio que trasportase desde el hipódromo romano hasta su ciudad episcopal la piedra de un altar, para emplearla en la construcción de su sepulcro. El autor de la biografía tomó algunos episodios de la vida de otros santos y presentó en el apéndice de su obra el original de la inscripción de Abercio.

Los historiadores solían considerar el contenido de la inscripción con la misma desconfianza que la biografía de la que formaba parte, hasta que en 1822, el arqueólogo inglés W. M. Ramsey descubrió en Kelendres, cerca de Sínada, una inscripción fechada el año 216. Era el epitafio de un tal Alejandro, hijo de Antonio; pero los primeros y los últimos versos eran prácticamente una transcripción de los de la inscripción de Abercio. El año siguiente, Ramsey descubrió en los muros de las termas de Hierópolis otros fragmentos que completaban casi en su totalidad la parte del epitafio de Abercio que faltaba en la primera piedra, Gracias a esas dos inscripciones y al texto

de la biografía de San Abercio, se consiguió completar una inscripción de gran valor.

Sin embargo, no todos los historiadores admitían que Abercio fuese cristiano; interpretando los símbolos de la inscripción en forma muy subjetiva, algunos llegaban a decir que había sido un sacerdote de Cibeles o de otro culto sincretista.

Finalmente, al cabo de innumerables investigaciones, se llegó a la conclusión de que el Abercio de la inscripción había sido realmente un obispo cristiano.

El nombre de Abercio figura en la liturgia griega desde el siglo X; también se halla en el Martirologio Romano actual, donde se dice que fue obispo de Hierápolis (sede de San Papías) en vez de Hierópolis. Este último error procede de la biografía griega arriba mencionada.

Butler, *Vida de los Santos*, Volumen IV
C. I. Hohn W. Clute, S.A. México, 1964
Págs. 177-178

Epitafio

La reina de todas las inscripciones cristianas antiguas es el epitafio de Abercio. En 1883, el arqueólogo W. Ramsay, de la Universidad de Aberdeen, en Escocia, descubrió cerca de Hierópolis, en la Phrigia Salutaris, dos fragmentos de esta inscripción que ahora se encuentran en el Museo de Letrán.

Un año antes había hallado un epitafio cristiano de Alejandro, del año 216, que es una imitación de la inscripción de Abercio. Con la ayuda de este epitafio de Alejandro y de la biografía griega de Abercio, del siglo IV, publicada por Boissonnade en 1838, fue posible restaurar el texto íntegro de la inscripción.

Comprende 22 versos, un dístico y 20 hexámetros. Narra brevemente la vida y acciones de Abercio. El texto fue compuesto hacia finales del siglo II, ciertamente antes del 216, fecha del epitafio de Alejandro.

El autor de la inscripción es Abercio, obispo de Hierópolis, que lo compuso a la edad de setenta y dos años. El gran acontecimiento de su vida fue su viaje a Roma, que describe. La inscripción está redactada en un estilo místico y simbólico, según la disciplina del arcano, para ocultar su carácter cristiano a los no iniciados. Su fraseología metafórica dio origen a una viva

controversia luego de descubierto el monumento.

Muchos sabios, como G. Ficker y A. Dieterich, trataron de probar que Abercio no era cristiano, sino un adorador de la diosa frigia Cibeles, mientras que A. Harnack llamó a Abercio un sincretista. Sin embargo, De Rossi, Duchesne, Cumont, Dölger y Abel lograron demostrar con éxito que tanto el contenido como el estilo revelan indudablemente su origen cristiano.

La importancia teológica de este texto es manifiesta. La simbología es riquísima: el autor se declara discípulo del pastor casto que apacienta sus rebaños de ovejas por montes y campos, que tiene ojos grandes que miran a todas partes: esta descripción alude a Jesucristo el Buen Pastor que cuida de sus ovejas por todas partes, que vela por ellas constantemente (sus ojos grandes). Este Buen Pastor enseñó las Escrituras por las que lo conocemos.

Es el más antiguo monumento en piedra que hable de la Eucaristía. El pastor casto, del cual Abercio dice ser discípulo, es Cristo. Él fue el que le mandó a Roma a ver a la Iglesia, “la reina de áurea veste y sandalias de oro”, y a los cristianos, “pueblo que tiene un sello resplandeciente”. El término sello (σφραγί) para significar el bautismo era muy conocido en el siglo II. Por todas partes, en su viaje a Roma, encontró cristianos, que le ofrecieron la Eucaristía bajo ambas especies, pan y vino. El pez de la fuente, muy grande y puro es Cristo, según el acróstico ΙΧΘΥΣ (Ichthys). La Virgen inmaculada que tomó el pez es, según el modo de hablar de aquel tiempo, la Virgen María, que concibió al Salvador.

Johannes Quasten, *Patrología I*
BAC, Madrid, 1978
Págs.173-175



EPITAFIO DE ABERCIO

1. Yo, ciudadano de una ciudad distinguida, hice este monumento
2. en vida, para tener aquí a tiempo un lugar para mi cuerpo.
3. Me llamo Abercio, soy discípulo del pastor casto
4. que apacienta sus rebaños de ovejas por montes y campos,
5. que tiene los ojos grandes que miran a todas partes.
6. Este es, pues, el que me enseñó... escrituras fieles.
7. El que me envió a Roma a contemplar la majestad soberana
8. y a ver a una reina de áurea veste y sandalias de oro.
9. Allí vi a un pueblo que tenía un sello resplandeciente.
10. Y vi la llanura de Siria y todas las ciudades, y Nísibe
11. después de atravesar el Éufrates; en todas partes hallé colegas,
12. teniendo por compañero a Pablo, en todas partes me guiaba la fe
13. y en todas partes me servía en comida el pez del manantial,
14. muy grande, puro, que cogía una virgen casta,
15. y lo daba siempre a comer a los amigos,
16. teniendo un vino delicioso y dando mezcla de vino y agua con pan.
17. Yo, Abercio, estando presente, dicté estas cosas para que aquí se escribiesen,
18. a los setenta y dos años de edad.
19. Quien entienda estas cosas y sienta de la misma manera, ruegue por Abercio.
20. Nadie ponga otro túmulo sobre el mío.
21. De lo contrario pagará dos mil monedas de oro al erario romano
22. y mil a mi querida patria Hierópolis.

0-0-0-0-0-0

Fuente
Johannes Quasten, *Patrología I*
BAC, Madrid, 1978
Págs.174

Adaptación y presentación realizada por
Luis Mariano Salazar Mora